

Sección Libros

Escenas de la vida posmoderna.

Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina

Beatriz Sarlo

Ariel, Buenos Aires, 1994, 209 páginas.

¿Cómo moverse hoy al interior de un pensamiento crítico sin ser apocalíptico, nostálgico o anacrónico? ¿Cómo ejercer dicha reflexión crítica sobre esta Argentina cada vez más posmoderna y más periférica? ¿Cómo impugnar un estilo de desarrollo excluyente, develar la injusticia tras la euforia modernizadora, contrarrestar la indulgencia acrítica de quienes creen que los escaparates del shopping reflejan el estado general del país?

Es este el desafío que asume Beatriz Sarlo en sus *Escenas de la vida posmoderna*. No se trata para ello, afirma la autora, de asumir la figura de un intelectual heroico que pretenda encender, con su mirada supra-histórica, la prodigiosa dialéctica que uniría el desenmascaramiento total a la emancipación total. Pero tampoco se trata de renunciar a la lucidez, ni de abandonar el desafío del desenmascaramiento, de la noconformidad de la conciencia con la apariencia, y de la osadía de aventurarse siempre a una segunda lectura de la realidad. Como dice Sarlo, no debiéramos «volver inútil lo que fue un eje de la práctica intelectual de los últimos dos siglos: la crítica de lo existente, el espíritu libre y anticonformista, la ausencia de temor ante los poderosos, el sentido de solidaridad con las víctimas». Esto debiera mover al intelectual crítico a buscar los caminos que muevan a combinar progresivamente mayor libertad de espíritu, más democracia política, acceso más equitativo a los bienes materiales y simbólicos de la sociedad; y que promuevan tanto la posmoderna exaltación de la diferencia, como la mayor capacidad colectiva en la producción de sentido.

La autora no parece temer que la tilden de aguafiestas en el autoindulgente escenario de modernización menemista. Pone el dedo en la distancia que separa las promesas del mercado de las pobreza de la ciudad. La reivindicación de la crítica no es anacrónica. Por el contrario, en la Argentina posmoderna-periférica son mucho más agudos hoy, que hace dos décadas, los contrastes que siempre animaron la crítica social: «Veinte horas de televisión diaria, por cincuenta canales, y una escuela desarmada... paisajes urbanos trazados según el último *design* internacional y servicios urbanos en estado crítico».

Escenas de la vida posmoderna arroja luz sobre las mutaciones simbólicas de la sociedad mass-mediática, pero sin caer en la tentación de impermeabilizarse a las aberraciones endémicas (y agudizadas) del subdesarrollo. Ante la apariencia dócil y roma del individualismo programado, denuncia «la reproducción clónica de necesidades con la fantasía de que satisfacerlas es un acto de libertad y de diferenciación». La modernización invita a la diversidad, pero se ha hecho más excluyente que nunca. El deterioro de la escuela y el acceso segmentado a las herramientas del conocimiento redonda, entre las mayorías empobrecidas, en la falta de elementos para participar de la vida pública, defender sus derechos y demandas, y participar en un intercambio comunicacional al letrado. Esto no se compensa con más canales de televisión, ni más zapping ni más shopping.

Hasta aquí podría pensarse que *Escenas...* engrosa la literatura del pensamiento crítico, aunque *aggiornado* por un mundo despoblado de utopías y que reclama nuevos sentidos. Pero el texto tiene su propia singularidad, y esto por dos rasgos que merecen destacarse. En primer lugar, Sarlo compone un mosaico de la realidad simbólica de la periferia posmoderna, donde cada elemento del mosaico constituye *a la vez una pieza del mosaico y una metáfora del conjunto*. Pasa así el pensamiento crítico a operar como lectura de metáforas. En segundo lugar, el estilo a medias narrativo y a medias analítico con que introduce al lector en cada pieza del mosaico (el shopping, el video-game, el zapping y otros), es desde ya una propuesta ensayística: el libro opera al mismo tiempo como imagen virtual y como planteo reflexivo.

De allí lo más original y poderoso de estas *Escenas...*, o de cómo el pensamiento crítico se renueva con la lectura metafórica de la realidad. Veamos, finalmente, los lugares concretos que el texto visita.

Espacios y símbolos de la estética posmoderna anulan la ciudad, la reconstruyen clónicamente, en maqueta y en versión ascética. El shopping es una epifanía secularizada pero que a la vez niega toda posible revelación de sentido: su irrupción modifica y anula todo. Es parte del mosaico, pero también es la gran metáfora de una cultura que ha erradicado la convicción de los sentidos en aras de la obesidad de los significantes: «El shopping presenta el espejo de una crisis del espacio público donde es difícil construir sentidos; y el espejo devuelve una imagen invertida en la que fluye día y noche un ordenado torrente de significantes».

También el local público de video-games es parte y metáfora. Allí la narración ha quedado vaciada para hacer posible el titilar puro del simulacro y la textura. Las modas y los objetos privilegiados de consumo son otra metáfora. Fundan una mezcla de obsolescencia acelerada y combinatoria irrestricta. El disfraz reemplaza a la vestimenta (o la

vestimenta deviene disfraz), pero esto no es sólo un signo, sino también metaforiza la cultura y la sensibilidad en general: la piel sólo puede mostrarse en segunda piel, toda expresión se difiere al formato del espectáculo. El mercado asegura facilidad de identificación simbólica con sus productos; pero este apego es tan fugaz que se requiere mucho dinero para saltar de una satisfacción simbólica a otra.

La metáfora del video-juego refuerza la realidad actual desde una realidad virtual: «No se necesita recordar la unidad anterior para pasar a la siguiente. Más aún, si el jugador se detuviera a recordar quedaría inmediatamente retrasado en la carrera que le impone el juego». Y más elocuente: «Como en el zapping televisivo también aquí hay algo de esa combinación de velocidad y borramiento, que podría ser el signo de una época». En ambos casos la metáfora remite a la velocidad, la desmemoria, la pura superficialidad modular del mundo posmoderno. En el zapping, la secuencia en la pantalla es tan aleatoria como la secuencia de pensamientos en la divagación mental: «Tina Turner en tres posiciones diferentes en tres lugares diferentes de la pantalla; después Alaska, iluminada desde atrás; una animadora bizca sonrío y grita; el presidente de esas repúblicas nuevas de Europa le habla a una periodista en inglés; dos locutores hablan como gallegos; Greta Garbo baila con una media en un hotel lujosísimo; Tom Cruise; James Stewart; Abelardo Castillo...». Y respecto del salón de video juegos, valga como ejemplo de esta desmemoria esta otra cita de Sarlo: «Ese salón era un cine. Hoy, ese cine se ha dividido... en más de cien cubículos. Donde la oscuridad y el silencio admitían sólo una superficie iluminada y sólo una fuente de sonido, ahora hay cien superficies y cien sonidos... en poco tiempo más, la realidad virtual irá barriendo las pantallas de video-game y sólo rockers nostálgicos... jugarán en los pocos flippers que no hayan sido convertidos... en piezas de decoración retro pop».

El video-game el zapping, el shopping y el consumo febril han sepultado el silencio y la pausa, elementos sutiles que tanta intensidad dispensaron al arte moderno (pensemos en Miles Davis, Antonioni, Bergman, John Cage, etc.). La vida posmoderna pretende mostrar un mundo lleno de matices, pero confunde el matiz con el brillo. La música disco primero, tekno después: sacrificio de la cadencia por el hiperritmo programado. La creatividad musical se confunde con la repetición de estructuras, se habla de creativos y se denota a los publicistas.

Finalmente la inmortal televisión. La pieza más gruesa del mosaico, pero también la metáfora más poderosa que condensa las contradicciones de la sociabilidad posmoderna. Mezcla de democracia secular y totalitarismo mistificador. «La televisión es laica y democratista advierte Sarlo, pero tiene, además, fuertes elementos de anclaje mítico. Repara la ausencia de dioses en este mundo, a través de un Olimpo de pequeños ídolos descartables ... mimética y ultrarrealista, la televisión construye a su

público para poder reflejarlo, y lo refleja para poder construirlo». La metáfora de la televisión denota esta paradójica coexistencia de democracia de opiniones y totalitarismo publicitario, el massmedia como reflejo de la subjetividad colectiva pero como sobredeterminante de la misma: símbolo de transparencia comunicativa y pluralismo valórico propios de una cultura secularizada; pero a la vez productora de ídolos y de mitos que anidan en las antípodas de las luces. Absoluta familiaridad de lo público, pero también absoluta reclusión del intercambio en los espacios cerrados. Como el mercado, la televisión pareciera poner todo al alcance y vista de todos; pero el mercado es absolutista, por cuanto se reserva una mecánica *discrecional de consagración* de los productos, y un peaje de ingreso que sólo las minorías transnacionalizadas pueden pagar.

No hay, finalmente, secreto inmune. Convirtiendo el fenómeno en metáfora, Beatriz Sarlo escarba en las disimuladas heridas de la periferia posmoderna.

Martín Hopenhayn

Consumidores y Ciudadanos, Conflictos multiculturales de la globalización

Néstor García Canclini

Grijalbo, México, 1995, 198 páginas.

Estaba haciendo falta *pensarlos juntos*. Por que si es cierto que la hegemonía de la ciudadanía en clientela o audiencia, las ciencias sociales, por su parte, siguen mayoritariamente empeñadas en separarlos y en denunciar el escándalo de su confusión. Por eso resulta mercado y la mass mediación de la política tienden a confundirlos, a convertir a la tan estratégica el *punto de vista* desde el que este libro aborda la cuestión. Porque al atreverse a preguntar «si al consumir no estamos haciendo algo que sustenta, nutre y hasta cierto punto constituye un nuevo modo de ser ciudadanos», García Canclini devela el contrasentido de aquella confusión al mismo tiempo que desafía a la investigación social por punta y punta, exigiéndole repensar tanto los cambios que hoy afectan al ser ciudadano como los nuevos sentidos que en la experiencia cotidiana tiene el consumir. Y lo hace multiplicando las entradas al tema, descolocando las posiciones de sus inercias teóricas e introduciendo como *cuestión de fondo* las transformaciones de la identidad en el espacio/tiempo de la globalización económica y cultural.

Escapando al barrizal en el que patina mucha de la obsesiva y sospechosa preocupación por la identidad y cuestionando tanto que el modelo de globalización neoliberal sea el único posible como el prejuicio de que inevitablemente lo global sustituye a lo local, lo que el autor nos

plantea verdaderamente es la imposibilidad de seguir pensando hoy a los ciudadanos al *modo antropológico* habitual, esto es perteneciendo a una sola cultura homogénea y teniendo una única identidad distintiva y coherente. Pues habitamos sociedades multi e interculturales configuradas no sólo por diferencias que vienen de culturas desarrolladas separadamente sino por las desiguales maneras en que los grupos se apropian, combinan y transforman ingredientes y rasgos de su sociedad y de las otras. Las identidades territoriales y monolingüísticas dejan el lugar a identidades transterritoriales y multilingüísticas, basadas menos en lo oral y lo escrito y más en las gramáticas audiovisuales. Ello es ya bien visible en las grandes ciudades, que exhiben a la vez patrones de globalización que remodelan y subordinan los hábitos locales a los modernos estilos de vida y una heterogeneidad multicultural cada día mayor y más compleja, que al reconstruir el tejido de las identidades étnicas, regionales y nacionales nos aboca a la cuestión de fondo: «¿qué ciudadanía puede expresar este nuevo tipo de identidad?».

Lo que vamos vislumbrando en esa dirección, nos cuenta García Canclini, habla de una ciudadanía que es menos política que *cultural*, esto es que tiene que ver menos con votaciones y convicciones ideológicas o con adscripciones a los aparatos de la política que con las prácticas socioculturales que dan sentido de pertenencia y configuran las formas de organizarse y satisfacer necesidades. Que es hacia donde apuntan los movimientos sociales: «a redefinir al ciudadano no sólo en relación con los derechos a la igualdad sino con los derechos a la diferencia». Y que es también el lugar de anclaje de los nuevos sentidos del consumo si somos capaces de escapar a la razón dualista, que lo reduce al espacio de lo superfluo o del consumismo alienante, y empezamos a comprender que consumir es también proclamar lo que consideramos públicamente valioso, es «elegir y reelaborar el sentido de lo social», son los modos en que nos integramos y nos diferenciamos socialmente.

Pensados *juntos* ciudadanía y consumo nos abren pistas claves acerca de la reconstrucción de lo público y del peso decisivo que ahí adquiere lo comunicacional. Sobre la esfera de lo público confluyen hoy tanto aquel campo de discursos, conflictos y proyectos que configura(ba) *lo popular*, como ese conjunto, poco claro en su demarcación pero bien sintomático, la *sociedad civil*, que aglutina movimientos juveniles, ecologistas, feministas, organizaciones no gubernamentales, grupos comunitarios, asociaciones de consumidores, etc. Y que tanto en su carácter articulador como en la diversidad de lo que integra muestra hasta qué punto el espacio público desborda la esfera de las interacciones políticas clásicas y lo hace converger sobre las disonancias y variedades que constituyen el escenario del consumo. La indispensable reconstrucción de *lo público* pasa por una redefinición de las relaciones Estado/mercado basada en la explícita asunción de unas tensiones que cada día tienen más de *cultural*, pues las comunidades que lo nuclea se configuran en torno a consumos

simbólicos más que a procesos productivos, mientras el mercado se da a sí mismo en forma cada vez más eficaz un proyecto globalizador de lo social que opera desde una recomposición de la hegemonía cultural.

Pocos estudiosos de los procesos culturales en América Latina han estado tan atentos, como García Canclini, a las dinámicas de la comunicación, a los desplazamientos que efectúan sobre el mapa cultural de estos países y a los desafíos políticos que entrañan. En el libro que reseñamos hay una asunción crítica, pero sin histerias, de la envergadura que el desarrollo tecnológico audiovisual e informático está teniendo en la constitución de nuevas sensibilidades, en el *desanclaje* de tiempos y de espacios, en el desplazamiento del ámbito nacional al de la ciudad a la hora de configurarse las identidades, en especial esas desde las que las gentes se perciben y ejercen como *ciudadanos*, al tiempo que en unas ciudades cada día más extensas y diseminadas los medios audiovisuales vienen a «compensar» el aislamiento y la marginación mediante la invención de imaginarios comunes y el establecimiento de vínculos culturales. Es en ese cuadro en el que debe colocarse el redimensionamiento de las instituciones políticas y los circuitos de ejercicio de lo público, los cambios en el discurso de la política y en las formas argumentativas y críticas de participación, en la redefinición del sentido de pertenencia y la reelaboración que lo que es percibido como propio.

En una u otra forma la reflexión que articula este libro apunta finalmente a un replanteo de las políticas culturales desde las urbanas a las de integración regional. Pues el desafío a que están avocados estos países es radical. Mientras las políticas culturales de los Estados se han centrado en preservar patrimonios y promover artes cultas, han desconocido por completo el papel decisivo de las industrias audiovisuales en la cultura cotidiana de las mayorías y su acción sobre los medios masivos (televisión, radio, circuitos informáticos) ha tenido como objetivo primordial su privatización (¡!). Las grandes industrias culturales privadas, por el contrario, se han hecho cargo de los medios masivos logrando desde ellos una intensa penetración en la vida personal y familiar a través de la organización del tiempo libre, de la oferta doméstica de entretenimiento y del manejo estratégico de la información. Ancladas en una concepción básicamente preservacionista de la identidad y en una práctica desarticulación respecto a lo que hacen las empresas y los grupos independientes, las políticas públicas están contribuyendo decisivamente a la segmentación y desigualdad de los consumos y al empobrecimiento de la producción endógena. Y ello en un momento en que, de un lado, la heterogeneidad y multiculturalidad no pueden ser más vistas como un problema sino como la base de la profundización de la democracia. Y de otro, cuando el neoliberalismo expande la desregulación hasta invadir de lleno el mundo de la cultura, el papel de los Estados y los organismos internacionales es justamente el de *reconstruir el espacio público*. Pero

ello no podrá lograrse sin que una concertación entre Estados, empresas y grupos independientes, permita salvaguardar y desarrollar intereses públicos irremplazables.

Jesús M.Barbero

Ni Apocalípticos ni Integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina

Martín Hopenhayn

Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1994, 281 páginas.

Sobre dos ejes y una figura se estructuran los trabajos que Martín Hopenhayn publica de manera unitaria en *Ni Apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*. Los ejes son la categoría de intelectual y la de Estado en la cultura y la política latinoamericanas. La figura es la de la paradoja. Habría que agregar a esta descripción general, que el libro es fragmentario –así como la reflexión sobre las categorías de análisis– y no elude, en ningún momento, la crítica del propio discurso que construye.

Citando –para desmontar y pulverizar en la falsa disyuntiva del título– polémicas que constituyeron núcleos problemáticos productivos en lo que, de manera general, podríamos llamar «los años sesenta», los diferentes capítulos del libro de Hopenhayn tratan de mantener un equilibrio entre el legado emancipador de la modernidad –procesado políticamente en la América Latina de entonces– y los cambios radicales operados en nuestras sociedades después de la violencia y represión de los setenta, que arrojan al arcaísmo muchos de los valores, categorías y experiencias de aquellos años. De ahí la paradoja que conforma retórica y formalmente al pensamiento del autor: crítica y recuperación, construcción de lo nuevo y respeto por la experiencia histórica del subcontinente. La elección es difícil, quizás imposible, de ahí el desafío que supone pensar en el filo de las certezas, concluye Hopenhayn. El vago aire pesimista del ensayo se juega en ese lugar impreciso: ¿cómo construir contra la corriente?, ¿cómo no volver a cometer los mismos errores?

El libro, pasando revista a la historia de esas dos categorías fundantes para la reflexión crítica sobre lo social (intelectual y Estado) se propone entonces como indagación; y de esta manera también está al día no solo con las agendas intelectuales mundiales sino con la forma híbrida del ensayo: filosofía, sociología política, reflexión cultural y antropológica. Todos estos gestos colocan al lector en el medio de varias disyuntivas sobre las realidades de los países latinoamericanos; apostando por los proyectos emancipadores y utópicos que no repitan errores pero que prometan una mayor justicia en sociedades complejas y desiguales,

Hopenhayn concluye asignándole a las ciencias sociales un rol no central pero sí importante en los nuevos procesos a construir: «Por ahora valga esta rara combinación de prudencia y aventura, esta apertura en las perspectivas, esta experimentación en el conocer, esta heterodoxia a la espera de nuevos signos» (p. 239).